

Villa Adelaida*

Gregorio Ortega

La Jabá

La luz amarilla, acre, ajena, densa, cae de los prismas de la araña sobre el cadáver. A Doña Loretta la enerva ese obstinado pancracio del médico con la muerte: la ventosa boca a boca, el redoble de tambor de los puños sobre el corazón, el incesante fracaso de las manos que se hundan en el pecho lampiño. Cada vez que cruje la enorme mesa de caoba, La Jabá gime y se encoge en la penumbra de un rincón como si quisiera empotrarse en la pared. Doña Loretta no puede disimular el leve temblor de sus labios pese al hielo de sus ojos azules. Al cabo, vencido, el médico deja caer del cuello el estetoscopio sobre su camisa sudada. Mientras cierra el negro maletín se despide lacónico:

—Un infarto masivo. ¿Dicen que es colombiano? ¿Un turista? Avisen al consulado. Habrá que hacerle una autopsia. Sería conveniente que la autoricen y, si quieren, que la presencien.

No se escuchan sus pasos en la alfombra raída al desaparecer por el largo pasillo oscuro hacia el portal. No hiede aún el cadáver, pero el Coronel prende de nuevo el tabaco como para proteger su olfato. Hay lepra de desconchados en la pared; hay turbios reflejos en los platos chinos alineados sobre el vajillero, es imposible precisar qué paisaje se pinta en ese cuadro opaco fuera del círculo luminoso. Aún rechina en la mente del Coronel el postrer graznido que le escuchó al muerto: «¡Siete Franklin al Agachón!» En su adolescencia, cuando el Coronel acompañaba a su padre a las vallas de gallos, las paradas en las apuestas iban de onza a doblón, ahora se pujaba allí con billetes de cien y mil dólares en la mano, no se admitía ninguna apuesta inferior a quinientos dólares. De un lado al otro del redondel, sobre el aserrín, sobre los frenéticos aleteos, sobre la tenacidad de picos y espuelas, se cruzaban los alaridos roncós, aguardentosos, que escupían franklins y clevelands, y el inevitable muy mexicano: «¡Putá madre!»

* Libro en proceso del mismo título, del cual se reproduce este capítulo.

Musita sofocada La Jabá:

—En esa mesa no me siento a comer más nunca.

Doña Loretta, alta, enjuta, severa, la examina despectiva:

—Ni falta que hace, hija. Puedes estar segura. Ojalá no te vuelva a ver. Vamos a llevarlo a su cama. Coronel, por favor, levántelo por los hombros, yo lo haré por los pies.

Ya se percibe cierta rigidez en el cadáver. Al dar un paso atrás, vacila Doña Loretta. Entonces, áspera, le ordena a la mulata:

—Muévete, ¡anda!, agárralo por la cintura. Ven acá, déjate de jeremiquear. No eras tan escrupulosa cuando te acostabas con él. La única diferencia es que ya no se le para. Bien que te llevaba a las patadas. ¡Tanto melindre después que me han desgraciado la casa!

Lo dejan caer en la cama. Doña Loretta enciende la lamparita cubierta con una mantilla roja, contempla el cuerpo tendido, y dando un taconazo en el piso, exclama:

—¿Qué tenía que ir a buscar a la valla de gallos? Díganme: si aquí lo tenía todo, todo, ¿qué tenía que ir a buscar allá? Dios mío. ¡qué falta de imaginación! Pobre diablo.

De regreso en el comedor, después de hojear una libreta, Doña Loretta disca un número en el teléfono, pregunta por el Cónsul de Colombia y, escueta, explica la muerte súbita de Laudelino Sepúlveda. Al colgar, rezonga:

—Ni saben cuándo vendrán. ¿Me dejarán el muerto aquí hasta mañana? ¡Y ahora que yo pensaba levantar cabeza!

Tira sobre la mesa un mantel de damasco morado y escarlata con quemaduras de cigarros y algunos zurcidos, lo estira, y va hacia la cocina. Pronto se escucha trasteo de cacerolas. El ruido de metales se detiene cuando desde la sombra del pasillo una voz chillona inquiera: «¿No hay nadie aquí? ¡Vaya casa!» Aparece en el comedor un joven policía negro, que se balancea sobre sus talones mientras su mirada vacila entre la timidez y la insolencia. Doña Loretta se asoma, irritada por esta insólita irrupción del mundo exterior en sus dominios. Lo increpa:

—¿Qué hace aquí? ¿Cómo se atreve? ¿Qué desea?

El policía la mira con sorna:

—Oigame, señora, ¿no es aquí donde dicen que hay un muerto?

—Y a usted, ¿qué le importa?

El Coronel se adelanta conciliador:

—Sí. Ahí. En ese cuarto.

El Coronel sigue al policía y se recuesta en el marco de la puerta. El negro se acerca a la cama, observa despacio el cadáver y se inclina sobre su brazo, le desprende el Rolex de oro. El Coronel le dice tajante:

—Deje eso en su lugar.

El policía lo mira de soslayo, desconfiado:

—Debo llevarme todos sus objetos personales.

—No se llevará nada hasta que llegue el Cónsul de Colombia.

El negro se le encara furioso:

—¿Y quién es usted para decirme lo que puedo hacer o no puedo hacer? Yo soy la autoridad, ¿no se acaba de dar cuenta? ¿Qué hace ahí? Vaya para el comedor, y espere que los interrogue.

El Coronel masculla seco:

—Deja eso ahí y vete al carajo.

El policía duda y concluye por dejar el reloj sobre la mesa de noche. El Coronel insiste:

—Te dije que lo dejaras en su lugar. Vuelve a ponérselo en la muñeca.

El policía camina a trancos hacia el comedor, al tiempo que saca una libreta del bolsillo de la camisa:

—¡Dénme los carnés de identidad! Al médico lo podrán engatusar, pero a mí, no—se detiene, se vuelve, observa mordaz al Coronel—Oye, yo te conozco. ¡Cómo no! ¿A ti no es a quien le llaman el Coronel? ¿Por qué te dicen Coronel?

—Porque cuando a ti todavía te limpiaban el culo, ya yo hacía historia. Mejor: creía que la hacía.

Hay una mueca sarcástica en los gruesos labios del negro:

—Ah, vaya. ¿Y ya no eres Coronel? ¿Qué haces ahora?

—Me jubilaron—y agrega ácido, cortante. Ahora cargo turistas y putas en el Lada. ¿Quieres saber algo más? Acaba y vete.

El policía escruta el semblante de la mulata:

—¿Conque jinetera?

Doña Loretta lo desafía soberbia:

—Usted se propasa. No sólo penetra en mi palacio sin mi consentimiento, sino que osa emitir juicios desconsiderados. Pero, por Dios, ¿dónde cree usted que está? ¿Tendré que rebajarme a decirle que ésta es una casa honorable y que yo respondo de todos los que en ella se encuentran? Hemos hablado demasiado, basta ya, termine de ejercer su oficio, y haga el favor de abandonar este lugar. Un hecho lamentable no le da ningún derecho. ¿Ha entendido?

Espoleada por estas altaneras palabras, La Jabá se encrespa:

—Se equivoca. Usted no es quien para faltarme el respeto.

El negro, desconcertado, aún murmura:

—Bueno, ya eso lo veremos en su momento—aspira fuerte, pasea su mirada por el comedor, recupera el aplomo de sus funciones—Díganme de una vez: ¿cómo murió?

El Coronel se apresura a responderle:

—Hubiera empezado por ahí. Hay poco que contar. Habíamos salido a dar una vuelta. Al regreso Laudelino se tiró en la cama. Al cabo de un rato se quejó de un fuerte dolor en el pecho. Buscamos un médico vecino. Cuando llegó ya estaba muerto. Me imagino que el médico debe haber avisado a la policía.

El negro revisa los carnés, toma unas notas en su libreta, arroja los carnés sobre la mesa, guarda solemne la libreta en el bolsillo, y para decir la última palabra y enfatizar su autoridad, con un balanceo de todo su cuerpo, antes de partir, espeta:

—Ninguno se mueva de aquí. Hasta que no se hayan agotado las investigaciones.

No ha empezado Doña Loretta a colocar las fuentes y los platos en la mesa cuando se va la luz, masculla:

—Lo único que faltaba esta bendita noche, ¡el apagón!

Más allá de las grandes ventanas enrejadas la ciudad es un muro de tinieblas. El Coronel resiente cuanto aún hay de moho y de tétrico en la casona: no han logrado, con los escasos dólares ganados alquilándoles cuartos a extranjeros, recuperar para la mansión eso que Doña Loretta en sus sueños llama «sus rancios blasones».

—Avírate, mulata—dice imperiosa, con voz glacial, Doña Loretta—, por lo menos busca los candelabros en la cocina y enciéndelos. Tú sabes de sobra dónde están. Si no has aprendido eso en los días que llevas en esta casa, no sé qué habrás aprendido—y al pintar las llamas de las velas temblorosas sombras en las paredes, insiste:—Vamos. Ayúdame a servir. No me vas a decir, carajo, que lo sientes. Ese hombre era un bestia. A mí me pagaba cada dos días, y en lo demás no me meto. Pero, ¿tú crees que yo no oía desde mi cuarto cuando te vapuleaba de lo lindo? Creo que cada noche te violaba. Allá tú. A su edad, ¿qué pastillas tomaba, eh?

Tartajea La Jabá:

—No tengo ganas de comer.

El Coronel tampoco desea sentarse a la mesa. ¿Qué gana con recordar, una y otra vez, los últimos instantes transcurridos junto a esa ingenua trampa que fue la valla de gallos? Escorado por el whisky, Laudelino acudía a menudo al mostrador bajo la cobija del cono de guano; discutía con chirridos que alejaban al Coronel hacia la ceiba, a refugiarse entre sus enormes raíces de piel plateada, en el sosiego de la lejana vista de los palmares y el espejo de la laguna bajo la lápida del sol. Laudelino regresaba trastabillando hacia la grita de la valla, y penetraba tozudo empuñando un rollo de miles de dólares. El Coronel apenas se fijó en el Mercedes que subió la cuesta hasta los cocoteros y se parqueó en el único lugar que quedaba vacío, en esos dos hombres que desde el mostrador no apartaban sus ojos de la puerta de la valla. Tras un unánime alarido, un tropel enardecido se derramó desde la angosta abertura entre las toscas gradas de madera. Los dos hombres penetraron en el tropel a codazos, y en medio de su soñolencia el Coronel advirtió que habían aislado a Laudelino y conversaban con él. Laudelino retrocedió espantado hacia el mostrador, uno de los hombres se llevó la mano atrás, al cinto bajo la guayabera, detuvo el gesto al vomitar las gradas una nueva turba gesticulante y colérica que los envolvió a los tres. Laudelino abrió la boca como quien se ahoga, giraron sus ojos desorbitados, sus uñas desgarraron la camisa en el pecho, tuvo convulsiones, su cuerpo se arqueó, tanteó los bolsillos del pantalón, intentó llegar al mostrador y se desplomó. La Jabá se le encimó, le agarró las muñecas, se las retuvo contra la tierra, lo cubrió con su cuerpo. Ya estaba Laudelino exhausto, cuando La Jabá desde el suelo imploró con la mirada y un hondo ronquido al Coronel que acudiera. Jadeó: «Vamos, no queda otro

remedio, está completamente borracho». Entre los dos lo arrastraron hasta el Lada y lo embutieron en el asiento posterior. El Mercedes descendió despacio la cuesta, se detuvo un instante, y de golpe aceleró por el sendero de grava hacia la carretera. «Está que no puede con su alma», roncó la mulata, «vamos para la casa, a que duerma la juma». Atrás se oía acezar, se oían palabras mordidas, quejidos, patadas; pero el Coronel tenía bastante con ocuparse del tráfico al entrar en La Habana. Su único deseo era arrojar esa carroña, llegar al vetusto palacete del mirador y la araucaria en El Vedado. Laudelino era un bulto inerte al sacarlo del auto, arrastrarlo por el pasillo y tirarlo sobre la cama. «Yo me quedo con él», rugió la mulata, «al salir cierren la puerta».

El Coronel le pidió un café a Doña Loretta. Diez minutos después vino La Jabá a la cocina: «Ya duermo tranquilo. Mañana estará de nuevo en pie. Ojalá que no se le ocurra volver a esa maldita valla». Doña Loretta maldijo: «Me había pedido una paella para esta noche. Y viene en ese estado. ¿Quién puede entenderlo? Al diablo, nos la comeremos nosotros». ¡Qué paella ni paella!, piensa el Coronel. ¿Por qué no se fue en ese momento? Ahora estaría bien lejos. Laudelino le había pagado con largueza esa mañana los anteriores viajes a la valla escondida por vuelta de Managua. Eran las únicas salidas que hacía. Se embulló cuando La Jabá le dijo que allí no iban más que mexicanos ricos, que nunca se toparía con un colombiano. No le gustaban los cabarets, no recibía llamadas telefónicas ni daba a nadie el número del palacete. Si establecía una comunicación era lacónico, escueto, y nunca hablaba más de un minuto. «He venido a descansar. Eso es todo», alegaba Laudelino. Si no fuera por sus escapadas hacia la valla de gallos, hubiera sido el más adorable de los huéspedes de Doña Loretta, el huésped ideal, el huésped embrujado por el castillo y su castellana.

Se acerca la luz de una linterna por el pasillo. Se detiene junto al borde luminoso del círculo que cae de la araña un retaco calvo, con grueso mostacho canoso y camisa de colorines.

—Buenas noches. ¿Dónde está ése? ¿Cómo dijeron ustedes, Laudelino?

Ninguno le responde. Precisa: «Soy Reutilio Almodóvar. Vengo del Consulado». Doña Loretta se pone en pie, alza uno de los candelabros, dice con evidente repugnancia:

—Pensé que nunca vendrían. Por aquí. Y a ver si se lo llevan pronto. Desgracia la casa. Yo tengo que cuidar su prestigio.

El retaco le toma el pulso al cadáver, le busca con el dedo la carótida:

—¿Cuándo murió?

—Hace unas horas.

Recoge de la mesa de noche el pasaporte, lo hojea, revisa la cartera de cuero, al levantarla rueda una escalera de tarjetas de crédito. Exclama intrigado:

—No entiendo. En las tarjetas de crédito aparecen dos nombres que no son los del pasaporte. Y aquí no hay dinero. ¿No tenía efectivo?

Reutilio Almodóvar registra meticulosamente, casi con ansiedad, sus ropas, cada bolsillo, las maletas, el armario. La Jabá masculla desde la puerta:

—Me había dicho que mañana iba a sacar dinero del banco.

El retaco se vuelve, escarba en los ojos de la mulata, después examina minucioso cada pliegue de la cartera de cuero, vuelca las maletas, tantea sus forros, y al cabo, decepcionado, rezonga:

—Enseguida mandaré a buscar el cadáver. Recojan todas sus pertenencias, todas, y méntanlas en las maletas. Que no se les quede ni un papel. Ahora me voy. Me temo que tendré que comunicarme urgentemente con Bogotá. Quién sabe el ruido que hará este muerto. Dios mío, ni de noche se descansa.

Se lamenta Doña Loretta:

—¿Y quién me va a pagar lo que ha gastado? Quiero que sepa, señor, que se le ha dado una atención esmerada en mi casa. Por supuesto, la habitual.

Ya en el comedor escruta las sombras de la casona Reutilio:

—¿Y por qué con tantas tarjetas de crédito no iba a un hotel?

Doña Loretta se encoge de hombros:

—Decía que en los hoteles uno se encontraba a veces con gente muy desagradable—se repone, engalla la cabeza soberbia—Mi casa se la había recomendado un caballero colombiano. Sépalo, aquí se respira distinción y paz hogareña.

—Ya veo —exclama irónico el retaco, y con las facciones tensas, reteniendo aún entre los dedos el pasaporte y la cartera, le basta una inclinación de cabeza para sumirse en el pasillo.

Doña Loretta y La Jabá van tirando en las maletas cuanto encuentran en el armario, sobre las sillas y la mesa de noche. Doña Loretta, sorprendida, dice:

—¿Y dónde están las pastillas de nitroglicerina?—ansiosa registra la camisa y el pantalón del muerto, murmura confusa:—¿Qué se habrá hecho de ellas? Siempre las llevaba encima. Me dijo que no se desprendía del frasco desde que sufrió un infarto. Eran para detener la angina de pecho en caso de que padeciera otro.

—¿Quién sabe?—musita La Jabá—Quizás las perdió en la valla de gallos.

En un relámpago el Coronel vuelve a ver a la mulata que sofoca las contorsiones de Laudelino, que férrea lo clava con su cuerpo en la tierra, que se mueve incesante sobre él como una tenaz araña hasta que queda agotado, exánime.

De madrugada se llevaron en una ambulancia y un auto el cadáver y las maletas. Reutilio Almodóvar lanza un último vistazo al cuarto:

—No se ha quedado nada, ¿eh?

Doña Loretta lo increpa airada:

—¿Cómo se atreve? Ésta es una casa honrada.

Doña Loretta clausura la casa de un portazo en cuanto han salido al portal el retaco, el Coronel y La Jabá. Va hacia el comedor, apaga las velas de los candelabros, se deja caer en una butaca; intenta juntar los pedazos de sus sueños, erigir de nuevo la torre de sus fantasías, quisiera restregar la querida penumbra, borrar de ella tanta contaminación como han dejado el cadáver y, sobre todo, los inesperados intrusos: el retaco, el policía, el médico. No cree que aquellas horas de excitación y de ira le consentirán dormir, pero camina hacia la escalera que la conducirá a su cuarto en el piso superior. No le sorprenderá

el sol al entrar por el balcón, más acerada que nunca velará su voluntad en sus ojos abiertos, fijos en un tiempo rígido, regido por su inquebrantable obstinación, ajenos al espacio.

Una vez que se han quedado solos, el Coronel le echa el brazo sobre los hombros a la mulata:

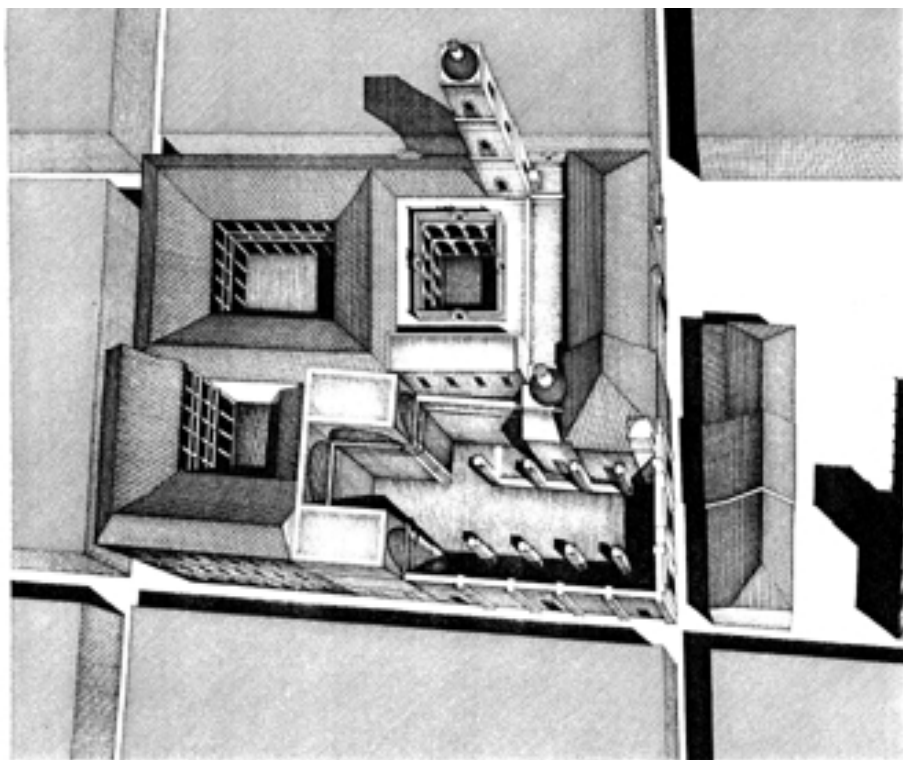
—Vamos, ya aquí no hacemos nada.

La Jabá sacude las cuentas de colores de sus finas trenzas, por primera vez en la noche hay fulgor en sus verdes ojos, y bajo los ópalos iniciales del alba camina ligera hacia el Lada. Ya en el auto el Coronel le dice:

—Vaya, se acabó el jineteo. Con el dinero que tienes puedes irte cuando quieras. Ya no tendrás que buscar un extranjero que se case contigo y te lleve afuera. Sinceramente, te deseo suerte.

—Coronel, no le entiendo.

—¿Qué importa? Este viaje va por la casa. ¿Dónde te dejo?



Convento de Santo Domingo en el siglo XVIII.